

al autor le gusta jugar con ella. Xirau juega con lo uno y lo diverso, hace de la pluralidad el disfraz de algo unitario: la sapiencia. Los diferentes temas no son sino el pretexto para expresar lo que el autor piensa sobre "...los grandes problemas": el sentido de la vida, el sentido del mundo" (p. 15). La aparente dispersión se convierte en seducción: la multiplicidad nos atrae para mostrarnos la unidad que ella posee.

Al final del libro aparece lo que en realidad constituye su *leit motiv*. En la última línea de la última página, el autor nos dice: "El auriga mira hacia una meta: esta meta somos nosotros mismos". De tal modo que tanto la mística como la política, la historia, la filosofía, los viajes y el arte, son vistos en tanto que nos conducen al autoconocimiento. Cercano a Sócrates y a Heráclito (o acaso al oráculo delfico), Xirau considera que el conocimiento tiene como fin último otorgarnos un saber acerca de nosotros mismos. Desde esta perspectiva, la filosofía aparece como algo que no sólo explica la vida, sino que la hace, pues ella es "razón de vida, razón hecha de amor" (p. 16). Y detrás de lo que el autor nos dice sobre Eckhart, podemos descubrir la intención de hacer presente la vivencia profunda de una dimensión perdida en nuestro tiempo: la dimensión religiosa, que fuera de fanatismo alguno, toma en el discurso de Xirau la expresión de su propia "sed de Dios".

Sabiduría y juego se mezclan constantemente. Pero quizás uno de los momentos donde esto se muestra con mayor claridad y encanto es cuando Xirau reflexiona sobre la relación entre las diferentes artes. Para él, ninguna de las bellas artes es superior a las otras y ninguna existe por separado, sino que más bien todas se implican mutuamente: "Nadie me convencerá de que la poesía sea mejor que la arquitectura o de que la escultura sea superior a la pintura... Maravillosos poemas la catedral de Chartres; espléndida música el David de Miguel Ángel; espléndida escultura un soneto de Góngora" (p. 95).

Aparte de contener un elemento de esperanza cada vez que se reflexiona sobre el presente, el libro está lleno de llamadas de atención a los profesionistas, a los historiadores, a los críticos de arte, a los políticos, y al hombre en general. Resalta entre estas exhortaciones la observación sobre la creciente violencia en nuestra época, y la necesidad de "asumir y admirar en serio la lección de amor que nos dejaron esos hombres de paz que fueron Gandhi y Luther King" (p. 112).

Finalmente, la manera como el autor juega —en la última parte— con dos ciudades griegas: Delfos y Efeso, nos conduce a advertir que para él el mundo es siempre "mucho más de lo que él esperaba, 'es lo perfecto'" (p. 125). Para Xirau el mundo posee una riqueza inagotable. Quizá por ello se aboca a tratar "todos los temas", quizá por ello no teme perderse en la pluralidad, sino que más bien la explora al máximo, como intentando entregarse a la realidad; como pretendiendo abrazar el mundo "con las alas de todos los pájaros". ♦

Ramón Xirau, *Ars Brevis*, México, El Colegio Nacional, 1985. 128 p.

* Expresión del escritor brasileño Guimarães Rosa.



Arnaldo Coen a la orilla del tiempo

Enmarcado en su arco iris hacia un sueño volado de sorpresas, sin mirar hacia atrás (nunca sabremos), Coen de vela del intrincado viaje de la luz por el prisma, sus cubos y colores. Vela y de vela dimensiones hasta encontrarse, testigo de sí mismo frente al lino crudo, a la orilla del tiempo. Capaz de penetrarlo lo pigmenta. Nos engendra entonces de sus sueños inmóviles, para despertarnos con la prueba a la vista de sus cuadros. Aparecen ahí desnudas e inmutables en sus márgenes, las leyes fundamentales de su imaginación, sus personajes y los juegos que rigen sus deseos. ♦

Felipe Bracho

EL VICECÓNSUL

DE FANTASMAS Y DELIRIOS

Por Gilda Waldman

El Vicecónsul, de Marguerite Duras, es una novela escrita desde la penumbra, desde la luz crepuscular del misterio. Perteneciente a una serie de novelas y escritos sobre Asia (entre los que se pueden mencionar, por ejemplo, el guión cinematográfico de *Hiroshima, mon amour*, y *El amante*), refleja el juego ambiguo y contradictorio entre el mundo y espíritu del hombre europeo y el letargo tradicional de un continente sumido en el calor y en la concepción de un tiempo infinito y circular.

En *El Vicecónsul* nada parece ocurrir. En Calcuta, Jean Marc de H., ex vicecónsul francés en Lahore, espera que se decida su futuro después de los extraños sucesos acaecidos en aquel lugar. Anne Marie Stretter, esposa del embajador de Francia en Calcuta, vive entre los recuerdos de su pasado y el ensueño de las islas entre los arrozales, adonde viaja continuamente acompañada de sus amantes. Charles Rossett, primer secretario de la embajada, se enfrenta al aburrimiento de esa ciudad y a una situación que no le ofrece ningún atractivo, salvo la de convertirse quizás en el próximo invitado de Anne Marie a las islas. Peter Morgan, escritor inglés, reinventa la historia de una mendiga loca que nada en el Ganges, duerme entre los leprosos y vende a sus hijos. Como trasfondo, Calcuta, ese lugar pesado, miserable, donde "el agua pega al suelo un polvo húmedo que apesta a orina" (p. 26).

Una atmósfera de letargo, indiferencia y tristeza envuelve todo, en una espera que, sumida en el mutismo, sumerge a los personajes en un vacío carente de sentido. Su pasado es difuso. Su futuro, incierto. El tiempo se anula, repitiéndose en un presente que no es sino una prisión. Los personajes no tienen asidero. Están allí, como lo están también sus vivencias y emociones, pero nada se verifica. Nada se explica. Todo queda sobreentendido, a través de sugerencias, palabras diluidas, ensueños vagos: el asesinato de perros y

leprosos en Lahore como un acto que conjuga la muerte, el amor del vicecónsul por Anne Marie Stretter, que nace muerto entre pistas de tenis desiertas, entre la repetición incesante de la melodía "Indiana's Song", entre el monzón del verano y los olores del cieno y el azafrán.

El Vicecónsul es una novela calcinante y paralizada. No hay acción, salvo la de la presencia de los personajes. Pero son personajes disueltos en fantasmas y delirios, sombras de sí mismos, poseedores cada uno de su propia verdad, pero conjugados todos en un tiempo estático que bloquea el acontecer pero que, a la vez, se

Discos

SALOMÉ: LA "SINFONÍA CON VOCES"

Por Rafael Madrid

Salomé, la "sinfonía con voces", como erróneamente se le ha llamado en diversas ocasiones, es una ópera reconocidamente difícil no sólo por sus extraordinarias exigencias vocales y orquestales sino por la descomunal tarea de balancear ambas. Y lo anterior es válido tanto para las representaciones escénicas como para grabarla.

Richard Strauss compuso su Salomé según el libreto de Hedwig Lachmann basado en la obra de Wilde, traducida del francés al alemán, con una considerable reducción. A fines de 1891 Oscar Wilde escribió en París su Salomé, drama en un acto, tomando como fuente la Biblia en sus escuetos pasajes referentes a la protagonista en los Evangelios de San Mateo, Cap. 14 y San Marcos, Cap. 6. El autor destinó su obra a la genial actriz Sara Bernhardt quien la ensayó en Londres al año siguiente, pero cuyo estreno fue prohibido a última hora.

En febrero de 1894 se publica en Londres la edición de Salomé con las célebres ilustraciones *art nouveau* del finísimo dibujante Aubrey Beardsley y traducida del francés al inglés nada menos que por lord Alfred Douglas.



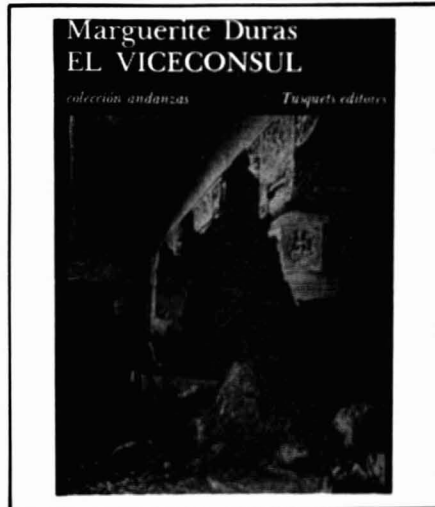
La ópera fue estrenada en Dresden el 9 de diciembre de 1905. La trama podrá resumirse así:

Una terraza rodeada por una escalera monumental contiene la cisterna que sirve de prisión a Jokanaán (Juan el Bautista) en las afueras del palacio de Herodes Antipas, tetrarca de Judea, quien con su esposa Herodías y su hijastra, la joven princesa Salomé dan un festín en el interior del palacio. Una vigorosa escala de clarinete inicia la obra. Narraboth, comandante de la guardia siria que custodia la cisterna pretende a Salomé pero se conforma con mirarla desde la terraza comentando su belleza. La música traza el ambiente de sensualidad que impera en la noche plenilunar.

Se escucha la voz majestuosa de Jokanaán que canta sus profecías, acompañado por una música más tranquila, proclamando la llegada del Mesías: "Después de mí vendrá otro mucho más poderoso que yo. No soy digno siquiera de desatar la correa de sus sandalias. Cuando El llegue florecerán los desérticos lugares, verán la luz del sol los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán". Todo ello con acordes de extrema sencillez. Los guardias que custodian la cisterna, no entendiendo sus profecías, discuten entre sí. Salomé sale a la terraza aburrida del festín y molesta por las miradas lascivas de su padrastro. La voz de Jokanaán despierta al principio su curiosidad pues pronuncia diatribas terribles contra su madre Herodías.

El profeta... ¿es un viejo? No, princesa, responde un soldado; es muy joven. De nuevo se alza la voz. Salomé se turba. Quiere verlo, hablar con él. La guardia se niega. Valiéndose del amor que le profesa Narraboth, le musita: "Lo haréis por mí, Narraboth..." Y el jefe de la guardia contraviene ante la insinuación de su amante.

Aquí la orquestación de Strauss describe en forma magistral la curiosidad, voluptuosidad y la tensión con que Salomé espera la presencia de Jokanaán. El cuerpo del Bautista surge lentamente de la cisterna como una imagen de marfil y plata. La curiosidad inicial de Salomé se transforma en una irrefrenable pasión. El profeta, sin mirarla, con potente voz condena la lujuria y los monstruosos pecados de Herodías anunciando la llegada del vengador. Salomé se acerca fascinada. Se inicia la escena de la seducción. Su pasión es incontenible. Desea abrazar a ese hombre extraño, besar la boca que tan duras palabras pronuncia. Pero Jokanaán la rechaza. La música recalca la colo-



abre a lo inesperado. Una cena es el punto de reunión, el pretexto para vencer al mutismo. Pero las miradas no logran traspasar las distancias, ni las voces pueden vencer al llanto. ¿Qué ocultan las sombras de aquellas presencias de pesadilla? La luz que se nos arroja es fragmentaria, parcial. Como un calidoscopio en permanente movimiento, en momentos creemos percibir la totalidad del fluir, pero al instante siguiente, éste huye. Personajes y situaciones se nos aparecen desde el ángulo de lo esbozado, de lo casi dicho pero inaprehensible, inalcanzable, sugerido.

En *El Vicecónsul*, como en *El amante*, el contenido de la novela se diluye en una fuerza narrativa desconcertante, pero plena de sensualidad. Es el deseo el hilo rector que atraviesa ambas historias, o mejor dicho, ambos argumentos sin trama. Su lectura despierta sensaciones, agudiza sensibilidades y exalta fantasías. Marguerite Duras se revela nuevamente como una de las plumas más finas, rigurosas y puras de la literatura contemporánea. Con ello reivindica a la novela y también a la poesía. ♦

Marguerite Duras. *El Vicecónsul*. Barcelona, Tusquets Editores. 1986 156 p